

“Miguel Espinosa”

Rafael Conte

El pasado imperfecto, Espasa Calpe, 1998, Madrid.

Ahora quisiera extraer un pez gordo del espeso y opaco río de mis titubeantes recuerdos –aunque quizá no lo consiga- y poner en pie un retrato más o menos consistente de alguien a quien conocí de primera mano y “en directo”, como se dice hoy, casi hasta en carne viva, por lo menos en algunos momentos de su vida, y de cuya aventura personal y literaria he sido un privilegiado testigo: hablo de Miguel Espinosa Gironés, de quien fui un amigo bastante cercano entre 1965 y 1968, precisamente los años en que viví primero en el barrio de la Concepción.

Durante aquellos años nuestras vidas se iban dispersando cada vez más, pero en medio de aquella de estas fuerzas más o menos centrífugas, la única centrípeta y polo de atracción de casi todos nosotros siguió siendo el hogar de Francisco Guerrero y Mercedes Rodríguez. Y, como una luna dando vueltas alrededor del sol, en sus frecuentes viajes de ida y vuelta entre Madrid y Murcia, la presencia intermitente de Miguel Espinosa era algo tan frecuente como implacable, y hasta a veces, cuando no encontraba a nadie en el domicilio de la calle de la Virgen de África, venía a desahogarse al de Virgen del Portillo, también completo de compatriotas murcianos.

Cada vez que pienso en él, en su fugaz, espasmódico y casi meteórico paso por mi existencia, siento una extraña mezcla de gozo profundo y perplejidad esencial, de nostalgia, desconcierto y respeto. Uno siempre llega a conocer algún genio en esta vida, eso es algo indudable que está al alcance de todas las fortunas. Lo difícil es advertirlo, darse cuenta de ello, pues en la mayoría de las ocasiones no lo son jamás quienes se presentan como tales, y los auténticos suelen pasar a nuestro lado de manera tan discreta y silenciosa que apenas los vemos.

Una cosa es creerse Homero, otra muy distinta serlo y la peor de todas andar por todas partes diciéndoselo a todo el mundo...Miguel Espinosa tampoco: sólo el fervor de algunos amigos le colocaba en esos incómodos altares, de los que el magnífico, apasionado y reconcentrado murciano se escapaba como alma que lleva el diablo, en quien además fervientemente creía. Y en lo que también creía firmemente era en su

propia inteligencia, de una finura y precisión siempre a punto, como un mecanismo de relojería, y en su capacidad crítica que le desbordaba, se ejercía y desplegaba en todas las direcciones de la rosa de los vientos.

Francisco Guerrero era jurista, funcionario por oposición del Seguro Escolar, y sobre todo un brillante intelectual –uno de los más corrosivos y brillantes que he conocido– experto en Derecho político, lector incansable, de buena facha y presencia, enamorado del laborismo británico, ferviente y sempiterno debelador del franquismo hasta cuando trabajaba en su seno, y cuya imagen fetiche era la de Harold Wilson, casi coinciden en su despedida de este mundo. Mercedes ejercía como profesora, pese a ser licenciada en Ciencias Químicas, y era y es una de esas raras mujeres que he conocido tan inteligentes como apasionadas, voraz lectora y crítica feroz de toda suerte de inautenticidades, de todo lo que no coincidía con sus criterios, analista minuciosa, inagotable e implacable, con una voz preciosa, unas manos multiexpresivas, y una mirada que iba mucho más allá de lo que veía. Eran dos incorformistas por principio, que al final desembocarían por agotamiento en una especie de conservadurismo residual, más por inseguridad que por fe, vaya lo uno por lo otro. Ella llegó a Murcia mediada su licenciatura, y pronto se convirtió en la musa inspiradora y rebelde de la tertulia del café Santos, que entonces era un local decimonónico, entre orteguiano y noventayochista, que alineaba sus mesas de hierro y mármol al hilo de sus desfondados divanes de cuero y peluche de un rojo oscuro y cansado, donde se vertían toda suerte de críticas a la vida ciudadana y nacional, que oscilaban entre el provincianismo murciano, el fascismo hispánico y un universalismo casi pasado de moda y tan reventado como sus asientos. Allí reinaba la lucidez incombustible de Espinosa, los argumentos cantarines de Mercedes y la siempre brillante presencia de Paco Guerrero, configurado una trimurti singular que se hizo famosa y temida en la ciudad a finales de los años cincuenta, y a la que se sumaron una serie de personajes bastante afines y entrañables, algunos de los cuales ya han venido a estas páginas: Antonio Abellán Cebrián, José López Martí, Dionisio Pérez, el pintor Ceferino Moreno, Pepito “Werther”, más algunos otros que no recuerdo y a quienes siempre unió y sigue uniendo la memoria, creciente hoy ya para todos, de Miguel Espinosa. Otros discípulos posteriores fueron casi póstumos, como Eloy Sánchez Rosillo y Pedro García Montalvo, por lo que su mención no es cronológicamente obligada aquí aunque lo sea de justicia literaria. Yo conocí un par de veces los restos de la tertulia, pues Paco y Mercedes ya estaban en Madrid, en dos ocasiones en las que

pude visitar Murcia con ocasión de sendos festivales de teatro universitario, formando parte de los correspondientes jurados. Dentro de aquel clima maravilloso, fragante, sensual, como de fruta podrida, la ducha de la tertulia del Santos era tan refrescante y caliente a la vez como el agua de la huerta, y en ella Espinosa colocaba cuidadosamente las porciones de pimentón picante exigidas en los cálidos pastelillos de carne de la Fuensanta.

Pero aquellos fueron viajes veloces, y en verdad sólo llegué a conocer mejor a Espinosa ya en Madrid, en sus frecuentes visitas a nuestros pisos del barrio de la Concepción, siempre con capítulos nuevos de los sucesivos mecanoscritos de *Escuela de mandarines* bajo el brazo, destinados tan sólo en principio a que los leyera Mercedes, pero de los que todos nos beneficiábamos, pues hasta poseo un ejemplar completo de una de las versiones, que en bastantes puntos difiere de las dos publicadas. Muchos de nosotros aparecemos en las páginas de este libro, uno de los más hermosos textos de la literatura española de creación de nuestro siglo, y de los más originales si cabe, la obra mayor de Miguel Espinosa, la más amplia, ambiciosa, completa y definitiva de todas las suyas. Mercedes, desde luego, es la dedicatoria, y la musa permanente de ese texto, donde aparece como las diversas metamorfosis de “Azenaia Parzenós”, la diosa de la sabiduría, motivo de todas las apelaciones y encomiendas celestes y divinales de los personajes. Guerrero es “Guerraclio”; Abellán, “Abellano” o “Cebrino”; yo mismo, “Contecino”, y así sucesivamente. Mi aparición la motivó el que, estando Miguel Espinosa en la casa de Virgen del Portillo, reunido con los amigos, regresé bastante indignado de una entrevista con el catedrático y filósofo Adolfo Muñoz Alonso, y mi perorata le sirvió a Miguel para un capitulillo memorable en el que ponía –pone- en solfa a tan destacado personaje del mo (vi) m (i) ento.

Espinosa era tierno, astuto, lúcido y complicado, repleto de extrañas erudiciones y de magistrales lagunas culturales. Nos leía sus textos detenidamente, y se los dejaba a Mercedes, que los coleccionaba todos, y hasta cruzaban entre ellos una correspondencia permanente que debe de ser un tesoro y hará furor cuando se publique, imagino, pero con una extraña manía: nunca se permitió la más mínima falta, ni de ortografía – insospechable- ni de mecanografía, ni la más pequeña corrección a mano. Sus folios tenían que estar correctísimamente mecanografiados y presentados siempre, sus márgenes rigurosamente calculados de punta a cabo, y si por un casual se deslizaba la más pequeña falta en alguno de ellos al reescribirlo, sacaba el folio de la máquina, lo

tiraba y volvía a empezar. Demasiado, y si al menos hubiera llegado a poseer un “ordenata” las cosas se le hubieran puesto más fáciles. Sus amores eran los clásicos griegos y algo menos los latinos, como lo muestra un primer texto de juventud inédito y publicado después como *Asklepios*, una especie de novela a medias y autorretrato juvenil e imaginario de lo que hubiera deseado significar o ser. Y después la literatura clásica española, Cervantes, Gracián, algo menos Quevedo, cuyos textos a veces le irritaban. Y después Goethe, que le fascinaba, y entre los españoles modernos, Eugenio D’Ors y Azorín, cuya prosa releía y admiraba profundamente. Y poco más después: “No se ha escrito nada interesante desde Guillermo de Ockham”, me decía con aire burlón, mientras blandía el par de tijeras correspondiente. Despreciaba –o simulaba despreciar- casi todo lo que yo por entonces adoraba, como la literatura más o menos marxistizante, los nuevos narradores latinoamericanos, a quienes denominaba “tontilocos”, por detectar en ellos a la vez rasgos geniales y tonterías supinas que subrayaba cruelmente –con dos excepciones, pese a todo, Borges y *Cien años de soledad*-, y sobre todo la novela contemporánea, que le parecía por lo general mal escrita y excesivamente coyuntural, salvando en todo caso algunas cosas de Cela, pues la escritura es la escritura, dígase lo que se diga. Como se ve, dadas sus excepcionales dotes para la crítica, la polémica y la demolición en general, era para mí un fiel contraste excepcional, había que medirlo casi todo a su través –y a su revés- y lo que salía incólume podía ir impunemente a misa. Junto a los grandes textos clásicos, que releía sin parar, quizá leía más filosofía y pensamiento que cualquier otra cosa, más que poesía –salvo la eterna- o novela, que se le caía de las manos.

También era murmurador, juguetón y bastante mujeriego. Su imaginación verbal era inagotable, aunque menos que la real: quiero decir que nada en sus libros es imaginario, que todo en ellos parte de una realidad bien vista y no menos mejor analizada, y que lo único que hizo en su vida fue trasponer en su arte lo que iba viendo con sus ojillos siempre semicerrados, oyendo claramente pese a su aspecto de sabio distraído, y viviendo o tocando con sus propias toscas manos de falso campesino, todo ello convenientemente enmascarado, y aun eso no siempre del todo, como puede observarse en algunas de sus obras posteriores, sobre todo en las dos *Tribadas* –que son en realidad un sola- basadas en una historia erótica y amorosa personal, en la que sufrió y gozó hasta la exasperación, pero sobre la que edificó una narración perfectamente “teológica”, que sigue y seguirá dando que hablar sin parar a sus exégetas. Más tarde,

tras la muerte de Miguel, llegué a conocer a uno de sus personajes fundamentales, a la “tríbada” propiamente dicha, que vino a mí años después para contarme su versión de la historia, mucho más real que la de la novela pero desdichadamente mucho menos interesante, menos universal y literaria –esto es, menos “real” para todos los demás– pese a que se mostró quizá más enamorada de Miguel de lo que estuvo en vida. Esa fidelidad a lo real está asimismo clara en su por ahora último libro póstumo publicado, *La fea burguesía*, donde cada personaje, cada suceso, cada juicio, no es ya que sean verosímiles y hasta verídicos, sino que son simplemente verdad; la verdad verdadera que Espinosa imaginaba a partir de la verdad real, concluyendo, a partir de un enfado transitorio final con la pareja Paco-Mercedes, en un cruel retrato que ya nada tenía que ver con la realidad de lo que era y sucedía de verdad, de lo que cada uno de ellos era en profundidad, pero que se ha revelado de extraordinaria fertilidad literaria final, por encima de los equívocos y ambigüedades de su vida personal. Así circulan simultáneamente la vida y la literatura, violándose sin parar.

Me estoy saliendo de los límites cronológicos de estos recuerdos, pero sin estas excursiones prolépticas (¡perdón!) no quedaría completo el retrato de Miguel, de quien años después publicaría un largo artículo en *El País* sobre la segunda *Tríbada*, la esperanzada, hablando de “los rastros del genio”, y sigo pensando igual. Cuando traté al principio personalmente a Espinosa no pude por menos que admirar su inteligencia, su pasión, su infinito y cáustico humor, así como la perfección de su prosa y sus raíces clásicas; pero siempre me pareció –yo era entonces bastante más joven– levemente anacrónico, como si estuviera fuera del tiempo, fuera de la historia que estábamos viviendo, y nunca le entendí del todo como artista y escritor total, lo que me convertía en permanente objeto de befa, ludibrio y escarnio por parte de Mercedes, Paco, Abellán, Triana –convertido en uno de sus mejores discípulos– y compañía. Luego llegué a valorarlo mucho mejor, una vez tuve *Escuela de mandarines* completa en la mano, pues nadie pensaba que pudiera jamás terminarla alguna vez, y así lo escribí desde el principio en sendos artículos enviados desde París a *Informaciones* e *Ínsula*, pasando a formar parte del selecto cortejo de admiradores públicos –Aranguren, Tierno, un insospechado Alfonso Guerra– que pronto iba a suscitar en su torno. Y a pesar de los restos de mis reticencias, que me acompañarán hasta el final, mucho me temo que seguiré leyendo a Miguel Espinosa hasta que ya no pueda más, esto es, hasta que deje

de leer, si es que eso llega alguna vez sin que tenga que morir a la mía, como lo estoy releendo ahora, mientras escribo estas líneas.

Pero en aquellos primeros años Miguel era también la alegría, el análisis perpetuo, la paradoja continua, el chismorreo continuo -¡oh, las burlas sobre la obra completa del rector de la Universidad de Murcia, que cabían enteras en un folleto acerca de “la propiedad de casas por pisos”!-, el juicio insólito y revelador, la provocación constante –en cierta ocasión envió a la plaza de Manuel Becerra a alguien que le preguntaba por la Ciudad Universitaria, añadiendo como explicación “al final, en su cabreo, acabará metiéndose con el gobierno, hay que hacer oposición sin parar”-, los senos de las señoras que nos ponían en pie –a él el primero-, las historias políticas y sexuales de personajes más o menos conocidos, la atención a lo particular, las lecturas incesantes y los viajes. Espinosa –creo haberlo dicho ya- trabajaba entonces en dos compañías japonesas de importación y exportación, tras haber tenido que renunciar a entrar en el profesorado universitario por la oposición total del claustro murciano, véase *Escuela de mandarines*, y verse asimismo obligado a trabajar para mantener a su múltiple familia. Una de aquellas, que operaba con productos de la suculenta huerta murciana sobre todo, se llamaba –el nombre es para mí ya un símbolo- la Sumitomo Soji Kaisa (¿se escribirá así, pues sólo tengo su fonética?), lo que se convirtió en un esquema conceptual, un criterio funcional en sus labios, una metáfora ridícula y cruel del mal absoluto contemporáneo, un continuo motivo de ironía, de juerga mental y reflexión permanentes, al nivel mismo que los culos femeninos y las palabras bien empleadas. Prefería siempre a los malos que a los tontos, pues los primeros no lo son siempre, mientras que los segundos no pueden jamás dejar de serlo, y constituían para él el mal objetivo y absoluto. Era un creador que olía a genio, que siempre se mantuvo apartado de la sociedad literaria, en la que ni siquiera entraría del todo a partir de 1974, cuando tras la publicación de *Escuela de mandarines*, que le proporcionó el premio Ciudad de Barcelona por obra y gracia de Juan Ramón Masoliver, un contradictorio condottiero literario de permanente buen olfato, empezó a ser lentamente conocido, haciéndole entrar como con calzador en los manuales más avispados y despiertos de nuestra literatura actual, de donde ya nadie podrá desalojarle jamás. Nunca lo dio por sabido aunque siempre lo supo en silencio. No volví a encontrarle hasta mucho más tarde, tras mi regreso de París, y pude charlar un par de veces más con él antes de su fulminante e inesperada muerte poco después. Estaba más seguro, aunque más triste, más serio,

menos alegre quizá, pero siempre tan implacable como contundente. Tuvo un infarto que superó, hizo un extraño testamento según el cual legaba a Mercedes –que los cedió a sus herederos naturales- todos los derechos de sus obras, y ordenaba su cremación y funerales católicos, y finalmente cumplió con todo ello y se fue mediante un segundo infarto que nos dejó bastante huérfanos a sus amigos y lectores. Nuestra última cita fue en el crematorio de la Almudena –fue la primera vez que lo visité, la segunda y última por ahora ha sido después para despedir recientemente a Paco Guerrero- que por aquel entonces empezaba a funcionar y para el que Enrique Tierno, entonces alcalde de Madrid, le allanó el acceso más rápido, suprimiendo todas las cautelas administrativas que se pueden suponer. Y recuerdo que en cierta ocasión, Tierno y Espinosa se encontraron en un funeral y el viejo profesor le dijo a Miguel, que lo repetía muchas veces: “Mire usted, Espinosa, somos perros que hablan”. Bien, pero hay ladridos que lo dicen todo, y que seguirán sonando sin parar, pues ya no nos queda más remedio que seguir leyendo a Miguel Espinosa Gironés, para seguir gozando de aquella compañía inimitable que ya no se irá jamás, esto es, para poder seguir viviendo nosotros mismos de la mejor de las maneras posibles”.